

EVOCACIÓN DE DORIAN GRAY

Nadie duda, por supuesto, que Mijail Tal es uno de los mayores ajedrecistas de todos los tiempos; pero en muchas personas anida la idea de que pudo aún haber dado más de sí, y de que si no lo hizo, fue a causa de una salud precaria.

Resulta interesante comprobar cómo funcionan los estereotipos, hasta qué punto llegan a divorciarse de la realidad. Tal fue campeón mundial a los 24 años (en ese momento, el más joven de la historia), ganó más veces que ningún otro jugador el Campeonato de la Unión Soviética (con frecuencia más fuerte que cualquier Interzonal), ha sido Candidato casi permanentemente, y durante treinta años se ha mantenido porfiadamente en la élite del ajedrez mundial, con un ELO siempre superior a 2.600. Cuenta en su haber, además, con una espectacular victoria sobre Bobby Fischer por 4-0, y si bien es cierto que Bobby era entonces muy joven, no lo es menos que era ya Gran Maestro y campeón de los EE.UU. Ostenta el “récord” absoluto, entre los jugadores vivos, de tiempo sin perder una partida (un año y medio en 1974-75), jugando tal vez en pocos meses más torneos que los que jugara Capablanca en sus célebres 8 invictos años (1916-1924). Y por si todo esto fuera poco, en 1988 ganó el Torneo Mundial de partidas rápidas. No parece, en buena lógica, que haya derecho a pedirle más, ni aunque tuviera la salud de Sansón.

Pero Tal no es importante tan sólo por la abundancia de sus éxitos, sino especialmente por la forma en que los ha conseguido. El mago de Riga, el combinador fulgurante que fue, en sus años mozos, conocido con el apodo de “La Llama”, rompió toda una forma de entender y jugar el ajedrez y abrió toda una época. El juego técnico y pulcro de Smyslov y Botvinnik fue violentamente arrasado por aquel joven iconoclasta de mirada terrible, acusado de “bluff”, calificado de “gángster del tablero” y denunciado como superficial. En poco más de un año y medio desde su irrupción en el ajedrez de élite Tal no solamente era campeón del mundo, sino que había introducido una nueva y revolucionaria forma de concebir el juego, presidida por la imaginación, la exactitud de cálculo y la audacia. Al mismo tiempo, legaba a la posteridad algunas de las más bellas partidas de ataque que se hayan jugado.

Luego de su derrota ante Botvinnik, Tal no recuperó ya su corona; pero no sólo se mantuvo siempre entre los mejores, sino que fue testigo de privilegio de la continuidad del cambio que él había introducido. Después de Tal ya no se jugó el ajedrez de la misma forma, y de alguna manera Fischer, Spassky, Larsen o Kasparov son continuadores de su revolución. El sonriente y culto maestro de

Riga no se retiró a meditar en sus laureles, sin embargo, sino que continuó -y continúa, y por muchos años- dando guerra; cuando ya se le consideraba acabado, más de una vez resurgió ganando torneos como en sus mejores años, y hubo algunas temporadas (1981, por ejemplo) en que volvió a ganar todo lo que se propuso. Menudo palmarés para quien fue considerado como un jugador frágil de salud. A sus 50 años, visiblemente avejentado, Tal parece más que nunca haber hecho un pacto con el diablo; mientras su cuerpo muestra las huellas de una acelerada y prematura provección, su mente parece usufructuar toda esa vitalidad, y se muestra lúcida, juvenil, en plenitud creativa. Es el retrato de Dorian Gray en versión intelectual.

Este libro es un largo y apasionante relato de la vida de un ajedrecista singular, recorrido a través de un diálogo entre él mismo y el periodista que juega constantemente el papel de confesor. No solamente contiene algunas de las más hermosas partidas de este genio del tablero, sino que brinda un cuadro completo y rico de los ambientes propios del gran ajedrez internacional, incluyendo agudos juicios sobre los sistemas de competición y críticas a la jerarquía del ajedrez soviético que se convierten, por elevación, en un cuestionamiento de la verticalidad de todo el sistema. Una verticalidad que lleva, por ejemplo, a que en este mismo libro el nombre de Korchnoi no se mencione en ningún momento. Por todo esto, su lectura es una constante fuente de sorpresas, interés y placer.

Lincoln R. MAIZTEGUI CASAS

CAPÍTULO I

TREINTA AÑOS DE AJEDREZ

Diálogo entre ajedrecista y periodista

Desde los tiempos de Ilf y Petrov nos resultan familiares las obras literarias escritas en colaboración por dos autores; por esta razón, y siguiendo el ejemplo de los celebrados escritores satíricos, los autores del presente libro trabajaron en perfecta y equilibrada colaboración. Cambiaron ideas tanto en lo referente a la elección y análisis de las partidas presentadas (y cada uno aportó en este aspecto según su situación en el ranking ELO) como en lo relativo a los aspectos puramente literarios; los acuerdos no estuvieron exentos de discusiones, en especial cuando uno de los dos autores pretendía no interrumpir la labor mientras el otro, incomprensiblemente, prefería marcharse a participar en torneos interzonales y otras competiciones por el estilo.

Esto último explica el hecho de que las observaciones sobre las partidas se consideren obras de una sola persona. Lo único que tranquilizaba al coautor, a este respecto, era el conocido consejo de Maiakovsky, quien decía: “Al declararnos a una mujer nunca debemos decirle ‘¡la amamos!’”, porque ella contestaría: ‘¿Y cuántos sois?’”.

Sin embargo, al corregir las numerosas variantes de apertura, éste coautor solía decirle al otro: “Realmente, nunca has sido un genio de la teoría...”

Lo único que no provocó jamás discusión alguna fue la decisión de los autores de no intentar abarcar lo inabarcable y de conferir al trabajo un carácter agresivo, de ataque.

Damski: Bien; comencemos, pues. ¿Pensaste alguna vez, en tu niñez, que llegarías a jugar un match por el título mundial? ¿Qué recuerdas de la primera partida que disputaste?.

Tal: No, no pensaba en jugar por el título mundial, claro que no. Las

competiciones por títulos mundiales son algo lejano, remoto, y la inmensa mayoría de los aficionados no puede participar en ellas. Y digo "aficionados" porque los profesionales también lo somos.

Mi primera partida... Cuando una

persona se inicia en el terreno de las competiciones ajedrecísticas es como una persona infectada por bacterias de una gripe importada -digamos- de Hong Kong. Esa persona camina por la calle tranquilamente, y no nota en absoluto que está enferma. No le duele nada y se siente estupendamente; pero las bacterias ya están actuando en su interior.

El proceso provocado por el ajedrez es idéntico, aunque menos doloroso. Acaban de mostrarte cómo se mueve el caballo y de enseñarte que el alfil marcha en diagonal, la torre en línea recta y que la dama debe colocarse, al principio de la partida, en casilla de su propio color; juegas entonces tu primera partida y la pierdes.

Pero si tu padre, o tu hermano mayor, o simplemente un conocido, quiere complacerte, le ganas y te quedas muy orgulloso de ti mismo.

Así van pasando los días hasta que, en un momento preciso, te das cuenta que si te falta el ajedrez te falta algo muy importante. Ya puedes entonces sentirte satisfecho: perteneces al grupo de personas que no poseen una inmunidad innata a la fiebre ajedrecística.

Yo fracasé en mi primera partida seria; la perdí contra mi primo. Y cuando recibí por primera vez un mate infantil fue como si me hubiese afectado una auténtica tragedia, pues por entonces yo me consideraba ya un ajedrecista experimentado: mis maestros

eran gente amable, y durante mi aprendizaje yo obtenía más "victorias" que fracasos.

Tenía 10 años: aquella fue la primera tragedia de mi vida.

Tiempo después, y por razones muy alejadas del ajedrez (creo que quería inscribirme en un círculo teatral), pasé un día por el Palacio de Pioneros de Riga. En el pasillo había un cartel que decía "Sección de Ajedrez". ¡Estupendo! -pensé. Llego y le cuanto al primero que vea todas mis cuitas, y él me dice cómo debo ganar.

Y entré. De inmediato no me enseñaron nada; pero allí me quedé. Y me gustó. Tal vez, porque tuve mucha suerte con mi primer maestro de ajedrez. Era Yanis Kruzkop, lamentablemente desconocido para la mayoría de los ajedrecistas. Él enseñó a todos sus alumnos a amar profundamente el ajedrez.

Al cabo de unos meses de entrenamiento empecé a ganarle a mi hermano mayor. Pero -y eso sí que me extrañaba- no sentía alegría alguna por ello, pues había comprendido que él no jugaba tan bien como yo había supuesto. Había llegado, entonces, el momento de buscar rivales más preparados.

Damski: Habla, por favor, de tus primeras partidas: tu primer torneo, tu primer encuentro con un maestro soviético, tu primera partida publicada en la prensa...